

La Mendoza del Desierto: Poblados y pobladores entre la resistencia y el abandono

ATILIO B. ANASTASI

*Departamento de Geografía - Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional de Cuyo - Mendoza, Rep. Argentina*

RESUMEN

El motivo del estudio, la Mendoza del desierto, poco considerada en el pasado del desarrollo económico argentino, alberga sólo el 2,4% de la población en el 97,5% de la superficie de la provincia de Mendoza.

Esta región se divide en dos sectores geográficos: el de las travesías y el del desierto de cordilleras y mesetas. Este último, de relieve accidentado, tiene un promisorio desarrollo turístico termal y de deportes de invierno.

Distintas son las condiciones de la economía del sector de "las travesías". En épocas pasadas se desarrolló la ganadería de la estancia y los cultivos con el sistema de dry-farming, aprovechando los recursos hídricos existentes. Sin embargo, ello cambió al establecerse el sistema de regadío para usar el agua de los cursos medios de los ríos.

Hoy subsisten las actividades tradicionales de la región: la recolección de leña, la caza de animales y la ganadería caprina, de poco peso en la economía regional, pero que agotan los recursos naturales de esta singular región del oeste argentino.

ABSTRACT

Mendoza of the desert has not been considered in the past economical development of Argentina. It occupies 97.5% of the area of the province of Mendoza and 2.4% of the total population of the country lives there.

This region has two geographical areas: the one of the "travesías" and the desert of mountains and plateau. The desert has a caotic relief and a promising development based in tourism of terms and winter sports.

The economical conditions in the area of "travesías" are varied. In past times, the cattle and the crops of dry farming were developed with the scarce water resources. However, this has changed with the establishment of irrigation systems that use the water of the rivers.

Still there are traditional activities in the region: the collection of wood, the hunt of animals and goat cattle; all this activities have low influence in the regional economy, but have impact on the natural resources of the west Argentina.

INTRODUCCION

América Latina y Argentina constituyen sendos espacios indicados como para poder ejemplificar sobre el tema de la escasez de población. Y, sin embargo, en ciertos sectores es posible anotar altas densidades de habitantes, que crean situaciones diametralmente opuestas a las del resto de sus territorios. Evidentemente que el problema está relacionado específicamente con la irregular distribución de la población, que, a su vez, se basa en diversos motivos físicos, biológicos y humanos.

Mendoza es lo que podría llamarse un "modelo a escala" dentro de estos marcos nacionales y continentales y por eso lo presentamos, reconociendo de antemano que tal ejemplo se repite —con pocas variantes— en toda la Argentina de la Diagonal Árida Sudamericana.

LAS "DOS MENDOZA"

Es frecuente que se tenga de ciertas comarcas una visión parcial, idílica y distorsionada, a partir del reconocimiento de una porción de ellas cier-

tamente resaltante por la energía que allí reside. Tal imagen, por su "poderío", se extiende a territorios aledaños totalmente distintos por falta de conocimiento serio de su realidad.

Es el caso de Mendoza con respecto a los dos notables oasis de regadío, que irradian de tal modo haciendo desconsiderar al resto provincial.

En realidad, existen "dos Mendoza", la "rescatada de los oasis" y la "baldía" del desierto; son fácilmente distinguibles desde una visión a "vuelo de pájaro" y comprensibles a poco de un somero estudio. Y, sin embargo, la tendencia a teñir de color verde todo su mapa sigue en pie para muchos...

Una primera revelación para poner las cosas en su lugar es recordar que de los 148.827 km² de su extensión, sólo 3.800 km² han sido acondicionados en oasis, es decir un 2,6% del total, y quedan en condición de "naturaleza" 145.027 km² que es igual al 97,40%. La conquista humana cualitativamente prodigiosa es cuantitativamente ínfima.

Si relacionamos estos datos de superficies territoriales con los de distribución de la población nos acercamos a una posible causa para entender

la distorsión de que hablamos más arriba. Para el censo de 1980 la población de la provincia era de 1.187.305 habitantes, de los cuales 1.158.351, el 97,56%, residían en el 2,6% de territorio ocupado por los oasis y 28.954, el 2,44% de la población total, ocupaban el 97,40% del terreno no irrigado.

Este dato también confirma la existencia del "desierto". Las estimaciones actuales prevén una situación muy similar, aunque con un leve decrecimiento en la población del desierto. De todos modos las cifras permiten consentir la existencia de las dos Mendoza, y advertir además que dentro de "la de los oasis" quedan congregados no sólo las ciudades cabeceras de departamentos, sino también todas otras concentraciones humanas de cierta envergadura, como villas y pueblos con trazas de urbanidad. Fuera de los oasis no ha sido concebida ninguna agrupación semejante a éstas.

LA MENDOZA DEL DESIERTO

Como hemos visto, consiste en un dilatado territorio de 145.027 km² de naturaleza árida con variables zonales que explican la distribución local de la población y los usos del suelo. Estas variables son la morfología del terreno, la circulación atmosférica, el comportamiento de la temperatura, la cantidad y distribución de las lluvias, la condición de los suelos y las características y distribución de la biomasa. Pero, no obstante las diferencias que se puedan producir a causa de estos factores naturales, se advierte en una clara síntesis que se trata de un área de muy difícil recurrencia humana y que, según cómo sea ésta, se podrán reducir aún más las condiciones de productividad, si se cae en la desertización.

Este territorio de yerros y silencios, con tan débil poblamiento, ha sido antiguamente espacio de "recorrida" de indígenas y hoy es espacio de tránsito entre los oasis o de éstos con espacios externos. En ambos casos, debe comprenderse, el desierto ha sido y es expoliado desde fuera, sus recursos magros son explotados con poco control y, generalmente, el desertícola desarrolla el papel de amanuense del foráneo en la explotación irracional. Por señalar algunos ejemplos, es el hachero de la colonización de la pampa, con las varas de algarrobos para alambrados o el cazador "trampero" para los acopiadores de pieles de las ciudades o los exportadores "furtivos". Estas significativas señas marcan la desarticulación entre las dos Mendoza, en la que la "del desierto" es obligado protagonista mudo.

Con el objeto de realizar un análisis ordenado de la Mendoza del desierto —que es la de nuestro tema— hemos hecho una división de ella en dos

sectores de condiciones diferenciales. Abarcan los territorios no irrigados que quedan situados al E y al W de la "línea" de posición de los oasis del Mendoza-Tunuyán y del Diamante-Atuel.

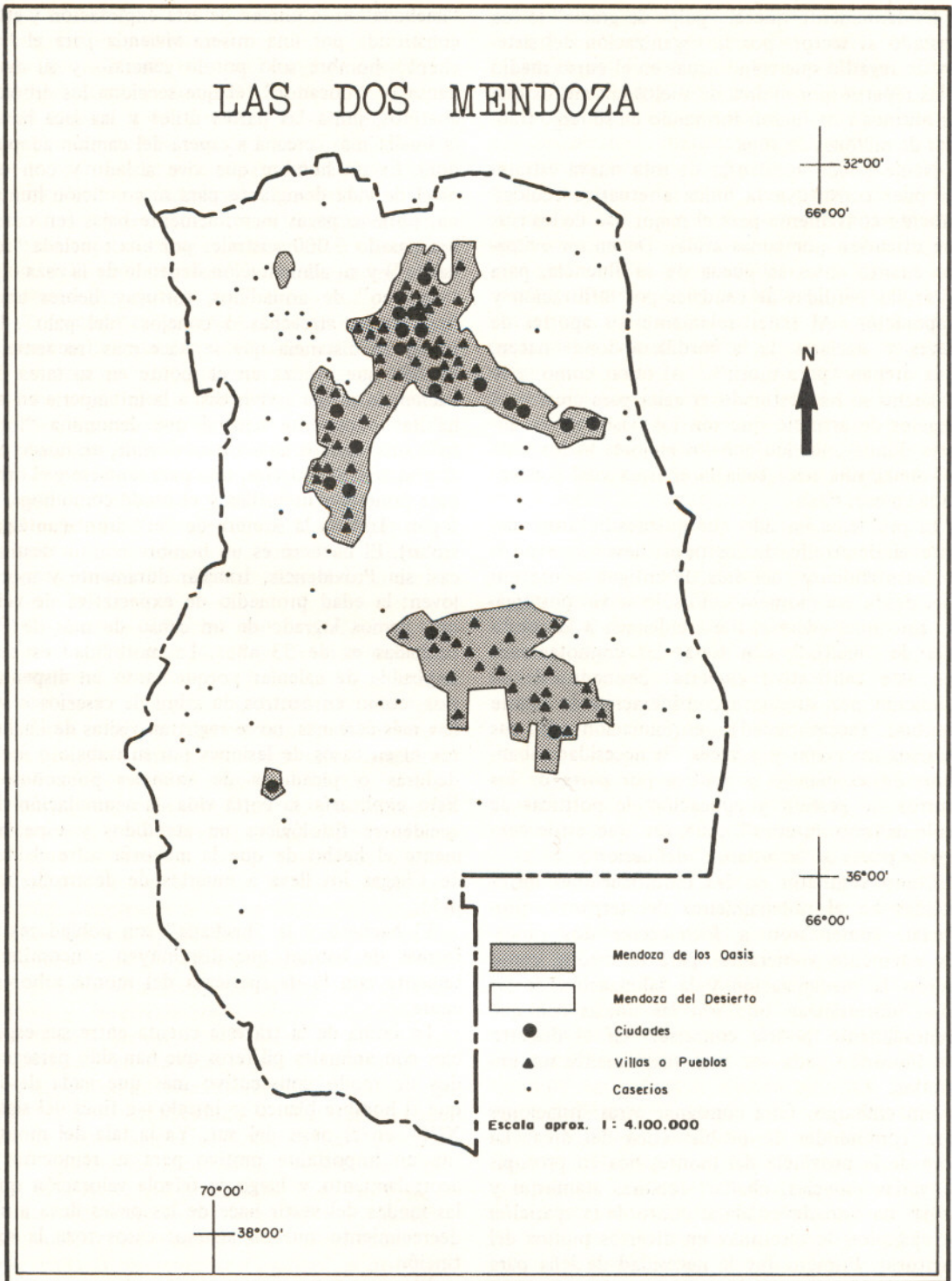
LOS DOS SECTORES DEL ESPACIO NO IRRIGADO

En conjunto los dos sectores ocupan una superficie de 145.027 km² donde viven —agrupados en caseríos o aislados en puestos— 28.954 habitantes con muy pocas vías de comunicación entre sí y con los oasis, cosa que ahonda la soledad y la "extranjería". El sector del E es una franja un tanto más pequeña cuya extensión calculamos en 57.162 km². Ocupa las travesías de los ríos provinciales emisarios del Desaguadero-Salado; es una llanura con algunos disloques tectónicos, muy disectada por cauces de "wadis" que bajan de las próximas Huayquerías y con un manifiesto proceso de medianización que ocupa un importante porcentaje del territorio. También aquí la población actual es menor en número total, son 9.414 los habitantes, pero de la relación con su extensión, el espacio denuncia una densidad de 6 hab./km², que es la mayor entre los dos sectores.

En el sector W, de 87.865 km², viven 19.540 habitantes, lo que da una densidad de 4,5 hab./km²; este dato es engañoso ya que esta franja queda conformada por territorios de montañas, mesetas y bord lands de intrincada topografía o con alturas medias que superan el límite de las posibilidades de vida humana en condiciones de normalidad, restándole, pues, al sector una proporción importante de tierras prácticamente no humanizables. Quedan dentro de este marco los cordones Principal y Frontal de los Andes Áridos o del Geosinclinal, la Precordillera, el comienzo de los Andes de Transición, el Macizo Antiguo de San Rafael, la Meseta volcánica de la Payunia y, como una cuña separadora de los dos oasis, las Huayquerías y la Meseta del Guadal.

EL SECTOR DE LAS TRAVESIAS

La nota dominante está representada por lo que podemos calificar como la "melancolía del agua". Antes de la colonización los ríos provinciales fluían libremente hacia el nivel de base en el E y eran aprovechados en los inviernos por los indígenas que cultivaban las orlas húmedas de las lagunas que en el estiaje reducían su tamaño. Eran tierras húmedas y fértiles y los cultivos prosperaban, junto con la pesca, la cría de ovinos y caprinos y las artesanías de junco y totoras. Tam-



bién eran usados los entornos de los cursos inferiores de los ríos Tunuyán, Tilitirú (hoy desaparecido), Diamante y Atuel, que si bien no crearon instalaciones permanentes como en las lagunas de Guanacache anteriormente mentadas, era un espacio de continua correría o “recorrida” para la caza, la pesca y la recolección.

A través de lo afirmado y en especial en el NE, en la zona lacustre donde se encadenaban más de diez cuerpos lagunares, estamos hablando de un espacio con una organización propia, que con el tiempo va a ser lentamente modificada en su valor y luego modernamente sometida a una fuerte desertización.

Evidentemente que el "golpe de gracia" le fue asestado al sector por la organización del sistema de regadío que tomó aguas en el curso medio y las repartió por el área de suelos labrantíos que los mismos ríos fueron formando en su largo transitar de millones de años.

Nadie puede apostrofar de esta nueva estrategia pues constituye la única alternativa ecológicamente conveniente para el mejor uso de los ríos que discurren por zonas áridas. Deben ser ocupados cuanto antes se pueda de su fluencia, para evitar las pérdidas de caudales por infiltración y evaporación. Al tener solamente los aportes de nieves y glaciares de la cordillera donde nacen, ellos drenan "para morir"... Al obrar como se lo ha hecho se ha destinado el agua para crear esos espacios de artificio que son los oasis, en los lugares donde coincida con los mejores suelos y de esta amalgama nace toda la energía vital concentrada en esos oasis.

El problema ha sido que quienes llevaron adelante el desarrollo de los oasis desconocieron o se desentendieron del área de antigua valoración que, desde ese momento, no sólo se vio postergada sino que, además, fue condenada a la condición de "baldía", con todas las connotaciones que este calificativo encierra: desmedro de su condición por su nueva consideración de fuente eventual (accesoriedad), esquilmación de sus recursos sin razón y a veces sin necesidad, abandono de su manejo y control por parte de los centros de gestión y aplicación de políticas de "colonialismo interno" cada vez que estos centros de poder se "acordaron" del desierto.

Como resultado de las modificaciones introducidas en el ordenamiento del territorio provincial, comenzaron a fortalecerse dos procesos altamente vulnerables para el medio, como fueron la medanización y la salinización de las aguas subterráneas, que son las únicas con que eventualmente podría contarse. Así el desierto fue hincando cada vez más fuertemente sus improntas.

Sin embargo, falta consignar otras situaciones para comprender la problemática del área. La flora de la provincia del monte, rica en prosopis de varias especies, chañar, retama, atamisqui y jarillas ha sido devastada al punto de la aparición de ejemplos de disclímax en diversos puntos del territorio. Primero fue la necesidad de leña para el alumbrado de la ciudad de fines de siglo XIX, luego la de varas para el tendido de alambrados y para la conducción de diversos cultivos, también la fabricación de durmientes para el ferrocarril y de madera para obras de infraestructura en diversas actividades. Y desde siempre, y hasta hoy, la provisión de leña provincial y extraprovincial o la fabricación de carbón vegetal. La

"hachada" es la unidad de esta explotación y está constituida por una mísera vivienda para el hachero —hombre solo por lo general— y su ayudante o "rodeador" (el que secciona los árboles abatidos, junta las partes útiles y las saca hasta la huella más cercana a espera del camión acopiador). Es un hombre que vive aislado y con un nivel de vida denigrante para su condición humana; obtiene pagas increíblemente bajas (en octubre pasado 5.000 australes por una tonelada "rodeada") y su alimentación depende de la caza o el "trampeo" de armadillos, tortugas, liebres criollas, maras, vizcachas o conejos "del palo". El trabajo a distancia que se hace más frecuente a medida que avanza en el monte en su tarea de hachar lo obliga a vivir casi a la intemperie en un hábitat puramente natural que denomina "forito": una ramada enana para dormir, un hueco en el piso con dos niveles, uno para sentarse y el otro para poner sus utensilios y el fondo como hogar y fogón. Todo a la sombra de "el" árbol (un algarrobo). El hachero es un hombre con un destino casi sin Providencia, trabajar duramente y morir joven; la edad promedio de expectativa de vida que hemos logrado de un censo de más de 70 hachadas es de 33 años. La morbilidad es casi imposible de calcular porque tanto en dispensarios, como en centros de salud de caseríos o villas más cercanas, no se registran visitas de hacheros ni en casos de lesiones por su trabajo o mordeduras o picaduras de animales ponzoñosos. Esto explicaría su corta vida; la acumulación de accidentes fisiológicos no atendidos y especialmente el hecho de que la mayoría sufre el Mal de Chagas los lleva a muertes de desarrollo rápido.

El hachero y la "hachada" son pobladores y formas de hábitat que disminuyen concomitantemente con la desaparición del monte arborescente.

La fauna de la travesía cuenta entre sus especies con animales pilíferos que han sido perseguidos de modo consecutivo más que nada desde que el hombre blanco se instaló —a fines del siglo XIX— en el oasis del sur. Ya la tala del monte fue un importante motivo para su remoción y acorralamiento y luego la frívola valoración que las modas del vestir hace de las pieles lleva a un decrecimiento que en algunos casos roza la extinción.

El puma, diversas variedades de zorros, gato montés, jabalí, liebre, vizcacha, hurón son las especies recurridas por acopiadores de la ciudad que usan al desérticola de "trampero", desollador y curtidor. El hombre del desierto nunca usará para abrigo una de estas pieles, sino que las provee por pagas irrisorias para que los intermediarios hagan una primera parte del "negocio", que

luego se multiplicará en ganancias en las fases del confeccionista y el vendedor.

Lo peor de todo esto es el papel de depredador que representa el hombre del desierto, que es quien arriesga todo, y quien con otra intención y otra libertad podría usar de los recursos del medio donde sacrifica su vida para un beneficio propio que hiciera más tolerable su aislamiento.

Esto es un ejemplo de cómo los foráneos ponen su mano en el desierto y se sirven de él a muy bajo costo, infiriendo un daño y sin cargar aparentemente con culpas.

No obstante los controles, los hechos continúan tal cual se refieren; en 1989 se exportaron a países extranjeros 7.255 pieles de animales de Mendoza, un promedio de 20 pieles por día, en una "producción" verdaderamente triste...

La desaparición del monte arbóreo y del arbustal al que nos referíamos antes supone una respuesta de vertiginoso y masivo crecimiento del estrato herbáceo que es heliófilo. Al desaparecer las copas de los árboles se "beben" el sol de tal manera que queda el espacio convertido en un excepcional pastizal.

Esta contingencia hizo que "avisados" propietarios se apuraran a una carga de ganado vacuno en sus terrenos que en los primeros 10 años hizo que su éxito obligara a la instalación de ferias ganaderas, como la de la estación Comandante Salas, de gran capacidad y con una infraestructura de clásico estilo pampeano. Pero la "fiebre" tuvo a poco su contraste fulminante; la sobrecarga por un lado y el descenso del nivel piezométrico del agua subterránea, sin la posibilidad de una recarga por la sequía típica, hicieron que la producción desapareciera tan rápidamente como se montó. De esa época datan la mayoría de las "estancias" y sus "puestos", que tenían un funcionamiento armónico con manejo de aguadas, rodeos y apotreramiento. Estas unidades de explotación fueron otros ejemplos de hábitat, concentrado en caseríos uno y aislado el del "puesto". Con la terminación del "modelo" ganadero de uso del suelo, de la vieja armónica unidad de explotación, subsistieron los "puestos" y los "puesteros" dedicados a la cría de caprinos. El caserío de la estancia y el casco, o se abandonaron o se convirtieron en otro "puesto". Esta subsistencia representa la "resistencia" del desertícola en posición de "bastión" o de "guardia" frente a la soledad del desierto. Punto de referencia humano para cualquier intento de estrategia de organización espacial, el "puesto" debe ser reivindicado en tal sentido. Actualmente la ganadería es la actividad que le da homogeneidad al sector, pero tiene diversas connotaciones: en el NE, salvo Arroyito, que es el centro poblado más importante y cuyos habitantes crían vacunos, los

puesteros de San Miguel de Los Sauces, El Retamo, El Forzudo, Lagunita, San José, Asunción y Capilla del Rosario manejan majadas de caprinos con criterios tradicionales, que han creado serios problemas de vulneración del medio y que no alcanzan rendimientos como para aconsejar su mantenimiento. Sin embargo, una población de 1.378 personas mantiene un plantel de 59.408 cabras criollas, siendo el guano el más importante motivo de comercialización. La penuria del agua subterránea, que excede en su carga de salinidad los límites de la potabilidad humana, es el límite más notable para la vida y la producción de la zona. Este problema adquiere su magnitud mayor en el área central de las Huayquerías: la Meseta del Guadal; las pocas instalaciones humanas se aferran a alguna débil vertiente de la que depende también el sustento para los animales. Es en este sector donde Y.P.F. explota petróleo en las zonas de Vizcacheras y La Ventana, actividad que ha creado un circuito cerrado de comunicaciones con un nutrido flujo de transporte para el traslado del personal que trabaja en las obras. Reservorios, cañerías para conducción del crudo, tendidos de alta tensión y para comunicaciones y algunas casas-refugio, son la infraestructura que singulariza al paisaje.

Más al sur y al E el territorio de las travesías del Diamante y el Atuel está ocupado por una ganadería preponderantemente de vacunos, aunque se asocian a ovinos y caprinos. Estos últimos dependen del agua de pozos-balde de antigua explotación y de construcción rudimentaria; en la zona de Puertas del Cielo, cerca del Puente de la Horqueta, sobre el río Salado, es posible encontrar pozos con malacate de tracción mular para explotaciones con mayor número de cabezas. Los vacunos son criados en estancias que se han reorganizado a partir de antiguos cascos abandonados en campos divididos por alambre electrificado con fuentes en cargadores solares; las perforaciones a profundidades de más de 180 m permiten alumbrar agua en condiciones y caudal para repartir en tanques a aguadas en cada sector. Mestizaje, sanidad, inseminación artificial, corrales, motores para producir electricidad, forestación de los alrededores y hasta algunos intentos de cultivos con sistemas "dry-farming" de sorgos y alfalfa, son algunas de las señales que permiten intuir una explotación racional. Además se cuida la carga animal según consistencia real del pastizal o de los arbustos potables como la zampa; por último, los animales son desplazados para el engorde a zonas de Córdoba o La Pampa. Quizás éstos sean los únicos ejemplos de instalaciones y pobladores que muestren en la actualidad una mayor y mejor capacidad de "arraigo"; se ha salido de la "resistencia" en el sentido en que lo

hemos comentado con anterioridad. El arraigo denuncia un cierto interés económico que se agrega al puramente telúrico-emocional. Por lo general, estos campos se hallan hacia "adentro" respecto de la única ruta que atraviesa de sur a norte la travesía, acompañando a la vía ferroviaria Monte Comán-Las Catitas. La valoración de estas estancias también puede comprobarse en la apertura de caminos transversales que se han tendido para acceder a ellas; no obstante, la mayor parte de los campos sólo cuentan con huellas interiores que comunican los de las diversas propiedades y, de ese modo, es factible su recorrido abriendo tranqueiras.

Debe tenerse en cuenta al ferrocarril como otra de las actividades que en la travesía han engendrado caseríos o puestos junto a las estaciones o embarcaderos. Desde el río Tunuyán hacia el sur la ya mencionada línea Monte Comán-Las Catitas, que sirve más que nada al transporte del petróleo y derivados desde el lejano Malargüe, pasando por San Rafael. De sur a norte se distinguen Guadales, Arístides Villanueva, Ñancuñán, Comandante Salas y Pichiciego. Otra línea —hoy levantada— también del Ferrocarril General San Martín, iba desde Monte Comán a San Luis y dio nacimiento a las estaciones-caseríos de Goico, Gaspar Campos, Ovejería, Corral de Lorca y Media Luna. Contiguo y paralelo a la carretera Bowen-Lincoln, corría el ferrocarril de General Avelar a Buenos Aires; entre estas dos vías de comunicación se han desarrollado Los Huarpes, La Mora y Canalejas. De más está decir que el levantamiento de los servicios ferroviarios de estas dos líneas determinaron el abandono progresivo de los caseríos, la mayoría de los cuales han pasado a la categoría de asentamientos "fantasmas".

Del río Tunuyán al N la travesía es transitada desde Mendoza a Pie de Palo (San Juan) por un tren denominado "leñero", que hace transportes variados y enhebra las estaciones de El Alpero, San José y Capilla del Rosario, alrededor de las cuales se instalan poblaciones. Un viejo camino de tierra contornea al Desaguadero y une a las poblaciones de Algarrobito, Arroyito, El Forzudo, El Retamo y Los Sauces de San Miguel; el único camino íntegramente asfaltado es una ruta en transecta que va desde la ruta 7 hasta El Encón pasando por La Josefa y Asunción. Este camino nuevo enlaza con la llamada ruta "de las altas cumbres" y comunica a Mendoza con Córdoba. Es evidente que estos pocos caminos y las vías férreas aún en servicio sólo cruzan el amplio espacio de la travesía y son líneas de flujos inter-oasis antes que "servidoras" del desierto. Este diseño de las comunicaciones confirma que el antiguo espacio de "recorrido" de los indígenas es hoy un espacio de "tránsito". ¿No es esto un

desmedro más? El indio lo recorría viviendo en él, el hombre moderno lo transita fugazmente para ir de uno a otro de los espacios acondicionados, dirigirse a sitios extraprovinciales, o para sacarle recursos al desierto con destino a los oasis o las tierras húmedas...

EL SECTOR DEL DESIERTO DE CORDILLERAS Y MESETAS

Es un área muy singular, pues las principales limitantes para su humanización están dadas por la accidentada topografía y por la altura de los relieves que a raíz del frío reciben sostenidos y frecuentes temporales de nieve en la estación que va desde abril a agosto, imponiendo un régimen de estacionalidad bastante riguroso a los pobladores. Las cumbres de los cordones están sujetas en la provisión de nieve, a los vientos del Pacífico que precipitan hasta 400 mm y el resto del corpus cordillerano a las agotadas masas del aire del E y NE que le otorgan la apariencia de aridez, por lo que suele denominarse a los Andes mendocinos como Andes Áridos.

Pero no obstante el agua no falta; decimos esto porque el descongelamiento de las nieves y de parte de las masas glaciares asegura caudales superficiales y una carga subterránea que luego drenan hacia el E en busca de su nivel de base. Estos importantes volúmenes no pueden ser usados para regadío por falta de planos topográficos adecuados. Sólo los valles como Uspallata, verdadero resuello entre alturas, donde el río ha conseguido formar suelos, permiten el agua para riego de cultivos criófilos y de forrajeras adaptadas como la alfalfa. El verdadero aprovechamiento de estos ríos se refiere a la consecución de hidroenergía en centrales como Alvarez Condarco y Cacheuta sobre el río Mendoza; Agua del Toro, los Reyunos y El Tigre, sobre el Diamante, y los Nihuales, en el Atuel; en esto reside el mayor valor de aprovechamiento de las aguas corrientes en este sector. Los diques o las obras de aprovechamiento de desniveles que se han construido en el páramo cordillerano han permitido otras actividades como la navegación, la pesca y el turismo. Esto ha creado centros poblados de cierta importancia con pequeños grupos de pobladores permanentemente encargados de los servicios. Sin embargo, no han sido aprovechadas en su verdadera posibilidad estas ventajas y es esperable que una planificación inteligente aliente otros logros.

En los últimos diez años, la explotación de la nieve para el turismo de alta montaña ha tenido un sostenido desarrollo con la construcción de complejos de esquí. El principal está en Malargüe

y es de categoría internacional, en el Valle de Las Leñas. El ha contribuido a la potenciación de otros complejos cercanos de antiquísima data, relacionados con el uso de las aguas termales: son los casos de Los Molles y Hua-lún. Este turismo está afirmado también en un paisaje muy bello de montañas multicolores, por las flores y las yaretas en cojín que se desarrollan allí, por lagunas de clarísimas aguas y ríos torrentosos, por contar con excelentes caminos para el acceso y unas infraestructuras edilicias de primera calidad y confort. Al norte, Penitentes y Ayelén son localidades que pretenden atraer al turismo de alta montaña de gentes que residen o pasean en la capital mendocina. Sólo que por ciclos ocurren años con poca provisión de nieve y de este modo se frustran programaciones muy interesantes. Más antiguos y menos dotados, los centros de Vallecitos y Puente del Inca tienen pequeña concentración permanente de habitantes, pero en temporada se tornan muy concurridos.

Es de hacer notar que esta actividad ha provocado una clara transformación en diversos aspectos relacionados con el área. La dinámica de movimiento obliga a un cuidado mantenimiento de la ruta panamericana, ha incidido en la multiplicación de servicios y ha permitido nuevas perspectivas para pobladores de caseríos de alta montaña que por haberse suspendido el tránsito ferroviario hubieran debido emigrar de la zona. En la misma ciudad hicieron eclosión empresas de turismo y transporte dedicadas con exclusividad a estos servicios, aparecieron casas de alquiler de equipos y de comercios de ropa adecuada para la nieve. Esta modalidad de relaciones entre el oasis y la zona cordillerana del valle del río Mendoza, por donde transcurre el camino a Chile, nos lleva a advertir que es éste el único espacio de articulación de las tierras del eriazo con los núcleos de la vida. Esto no se da de esta manera, con ninguno de los otros sectores del desierto mendocino. Aquí hay desarrollo, acicateado por intereses compartidos; no se trata del caso de la eventual recurrencia al "baldío" que lleva al deterioro.

Pero hay otras dos actividades tradicionales que se desarrollan con alternativas totalmente distintas y que ocupan a la mayoría de los habitantes puesteros de la zona y que conllevan claros signos de desertización. Son la vida pastoril y la minería.

La primera, que obliga a una transhumancia entre el pie de monte donde tiene su desarrollo durante el invierno y las vegas y mallines de altura, con "talaje" para el verano. El Portillo, Campo Argentino, Valle Hermoso, Las Vegas, Las Leñas, son algunos de numerosos sitios de atracción estival para ovejeros y criadores de vacunos donde los abundantes pastos duros son

compartidos con pastores chilenos del otro lado de la cordillera. Aquí no caben disquisiciones más o menos jurídicas o patrióticas; gente dura que vive medios rudos, recurren con la naturalidad del que vive necesidades, a lo que permite la supervivencia, sin fijarse demasiado en cuestiones de límites. Esta es la frontera de acumulación que, de algún modo, señala caminos a otros hombres —los de las tierras con altos intereses— para una integración indispensable. Estos pastores han sido convenientemente estudiados en sus usos y costumbres por Agüero Blanch y Triviño, entre otros; nosotros hemos podido comprobar que su nivel de vida es verdaderamente bajo y que no obstante su acercamiento a los oasis durante el invierno, mantienen pautas culturales ancestrales, como si logran, de ese modo, poder enfrentar su vida con mejores armas, en adecuamiento ecológico.

El minero es un trabajador de temporada que se "conchaba" en las explotaciones mineras que aún subsisten; son, por lo general, de pequeñas empresas familiares que trabajan con poco tecnicismo y, por ende, con limitados réditos. Esto hace que el minero sea prácticamente un itinerante que conoce los "turnos" de trabajo de cada explotación. Vive en condiciones precarias con refugios comunes o "gamelas". A veces el trabajador va de un lugar a otro —en recorridos no muy distantes— con su familia, hemos observado a estos grupos familiares viviendo en forma de extrema pobreza en cuevas o socavones abandonados. La última de las grandes empresas que explotaba azufre en el Cerro Overo dejó de trabajar hace más de 10 años y si bien las ganancias de ella eran importantes, no era muy distinto el nivel de vida de los obreros. También entonces, en el caso de la minería, es posible hablar de desertización, con explotaciones sin programa en las que se desconocen datos como la ley del mineral, la orientación más adecuada para la explotación de las vetas, el uso de explosivos sin racionalidad, y el manifiesto repentino abandono de las áreas de explotación. La actividad y sus protagonistas son, pues, otros ejemplos de "resistencia", sólo que en este caso la esperanza sólo está basada en la alta dosis de romanticismo de quienes no cejan, no obstante los continuos fracasos, pensando en los miles de "El Dorado" con que sueñan.

Uspallata en el norte y Malargüe al sur son dos pequeños oasis que han ido incorporando el regadío a base de condiciones locales de excepción, tanto en lo que a clima se refiere como en lo que atañe a suelos. Malargüe, cabeza de departamento, es una zona de antigua explotación minera, logró permanecer y desarrollarse a nivel de ciudad, a base de la incorporación de cultivos de papa para semilla y de forestales. También su posición influ-

yó en la evolución, última localidad de servicios en el camino hacia el sur por la Ruta 40 y en la actualidad su cercanía al centro turístico internacional del valle de Las Leñas.

Una mención aparte merece el sector de La Payunia, un verdadero pedazo de Patagonia acunado al sur provincial. Es tierra desolada por su falta de agua y por el cobertor de basalto que los volcanes del grupo del Payén han esparcido. No obstante, cientos de puestos dedicados a la cría de ovinos y algunos pocos caseríos, como Agua Escondida, son otra manifestación de la vocación del desertícola por permanecer en sus secadales.

El límite entre la resistencia y el abandono está

dado más que nada por la muerte de los hombres del desierto, pero lentamente y como resultado de una aculturación apurada por el transistor y la televisión, el consumismo y la pretensión del confort van siendo otros motivos o límites.

Pensamos que las soluciones están en realizar estudios profundos de la consistencia de estos desiertos y de las posibilidades de sus recursos humanos, y con ellos, que son los que viven en el desierto, elaborar esquemas factibles y conservacionistas para la explotación de un medio que puede brindar recursos, pero que precisa una acción concertada de tal modo que los reflujos permitan a pueblos y pobladores posibilidades de arraigo en vida digna.